

Seek the Lord

by Archbishop Dennis M. Schnurr

Busca al Señor

por Arzobispo Dennis M. Schnurr

Throughout the long history of the Archdiocese of Cincinnati, Catholic education has always been recognized as a vital ministry of our local Church.

Our first diocesan bishop, Bishop Edward Fenwick, started a school for young women in 1825, just four years after the foundation of the diocese. It opened with 25 students and two teachers. Today, the archdiocese has 111 Catholic schools with more than 40,000 students.

Class size, subjects taught, technology and the social environment in which our schools operate have all changed radically in 195 years – and even within our lifetimes. What has not changed is the purpose of Catholic education: to prepare students both for this life and for eternal life.

That is what we celebrate during National Catholic Schools Week, beginning Jan. 26.

Discipline and academic rigor are the hallmarks of Catholic schools and an attraction for many parents, Catholic and non-Catholic alike. They are not, however, the essence of what might be called “the Catholic school difference.” Nor is that difference only to be found in religion classes, campus Masses and retreats, though all of those are essential to Catholic identity.

What most distinguishes our schools goes even deeper – Christ is in their DNA. The mission statement of Catholic Schools in the archdiocese says it well:

“Vital to the evangelizing and educational mission of the Catholic Church, we are Christ-centered communities dedicated to the faith formation, academic excellence and individual growth of our students, all rooted in the Gospel message of Jesus Christ.”

One of the supporting statements of this mission says our schools will provide “an atmosphere in which the Gospel message is proclaimed, community in Christ is experienced, service to our brothers and sisters is achieved, and thanksgiving and worship of God is cultivated.”

The theme of the 2019-20 school year for the archdiocese, “Building a Community of Love,” simply puts into words what our schools have always done.

In accomplishing this end, our teacher-ministers and principal-ministers play a key role as they partner with the parents and guardians who remain the primary educators of their children. I am profoundly grateful to all who accept their call to the ministry of Catholic education. The latest technology and the newest buildings would be ineffective without their dedicated service.

Our students learn from the example of their teachers that faith and action go together. We see that lived out in more than 100,000 hours of service that they perform each year. We also find it in their advocacy for human life at all stages, from nursery to nursing home. Later this month, busloads of our Catholic high school students will again travel to Washington, D.C. to participate in the annual March for Life on Jan. 24. I am very proud of the young people who make this challenging journey each year to add their voices to those speaking out against the unjust abortion regime imposed by the Supreme Court in 1973.

The first principle of Catholic social doctrine is the life and the dignity of the human person. This is also the first human right, without which no others can exist. As President Kennedy said in his inaugural address, “the rights of man come not from the generosity of the state, but from the hand of God.” What the state did not endow, the state cannot legitimately take away.

As I have often noted, St. John Paul II said that young people are not just the future of the Church – they have a contribution to make now. This is a responsibility for which Catholic schools prepare them, as we will see at the March for Life and during Catholic Schools Week.



A lo largo historia de la Arquidiócesis de Cincinnati, la educación Católica siempre ha sido reconocida como un ministerio vital de nuestra Iglesia local.

Nuestro primer obispo diocesano, el Obispo Edward Fenwick, comenzó una escuela para mujeres jóvenes en 1825, solo cuatro años después de la fundación de la diócesis. Se abrió con 25 estudiantes y dos profesores. Hoy, la arquidiócesis tiene 111 escuelas Católicas con más de 40,000 estudiantes.

El tamaño de la clase, las materias que se enseñan, la tecnología y el entorno social en el que operan nuestras escuelas han cambiado radicalmente en 195 años – e incluso dentro de nuestras vidas. Lo que no ha cambiado es el propósito de la educación Católica: preparar a los estudiantes tanto para esta vida como para la vida eterna.

Eso es lo que celebramos durante la Semana Nacional de las Escuelas Católicas, que comienza el 26 de Enero.

La disciplina y el rigor académico son los sellos distintivos de las escuelas Católicas y una atracción para muchos padres, tanto Católicos como no Católicos. Sin embargo, no son la esencia de lo que podría llamarse “la diferencia de la escuela Católica”. Tampoco se puede encontrar esa diferencia en las clases de religión, las Misas en el campus y los retiros, aunque todos ellos son esenciales para la identidad Católica.

Lo que más distingue a nuestras escuelas es aún más profundo – Cristo está en su ADN. La misión de las Escuelas Católicas en la arquidiócesis lo dice bien:

“Vital para la misión evangelizadora y educativa de la Iglesia Católica, somos comunidades centradas en Cristo dedicadas a la formación en la fe, la excelencia académica y el crecimiento individual de nuestros estudiantes, todo centrado en el mensaje del Evangelio de Jesucristo”.

Una de las declaraciones de apoyo de esta misión dice que nuestras escuelas proporcionarán “una atmósfera en la que se proclame el mensaje del Evangelio, se experimente la comunidad en Cristo, se logre el servicio a nuestros hermanos y hermanas, y se cultive la acción de gracias y la adoración a Dios”.

El tema del año escolar 2019-20 para la arquidiócesis, “Construir una comunidad de Amor”, simplemente pone en palabras lo que nuestras escuelas siempre han hecho.

Para lograr este fin, nuestros ministros maestros y ministros directores desempeñan un papel clave al asociarse con los padres y tutores que siguen siendo los principales educadores de sus hijos. Estoy profundamente agradecido a todos los que aceptan su llamado al ministerio de Educación Católica. La última tecnología y los edificios más nuevos serían ineficaces sin su dedicado servicio.

Nuestros estudiantes aprenden del ejemplo de sus maestros que la fe y la acción van juntas. Vemos que viven en más de 100,000 horas de servicio que realizan cada año. También lo encontramos en la defensa de la vida humana en todas las etapas, desde la guardería hasta el hogar de ancianos. Más adelante este mes, los autobuses de nuestros estudiantes de secundaria Católicos viajarán nuevamente a Washington, D.C. para participar en la Marcha por la Vida anual el 24 de Enero. Estoy muy orgulloso de los jóvenes que hacen este desafiante viaje cada año para agregar su voz a quienes hablan en contra del injusto régimen de aborto impuesto por la Corte Suprema en 1973.

El primer principio de la doctrina social Católica es la vida y la dignidad de la persona humana. Este es también el primer derecho humano, sin el cual no pueden existir otros. Como dijo el presidente Kennedy en su discurso inaugural, “los derechos del hombre no provienen de la generosidad del estado sino de la mano de Dios”. Lo que el estado no dotó, el estado no puede quitarlo legítimamente.

Como he señalado a menudo, San Juan Pablo II dijo que los jóvenes no son solo el futuro de la Iglesia – tienen una contribución que hacer ahora. Esta es una responsabilidad para la cual las escuelas Católicas los preparan, como veremos en la Marcha por la Vida y durante la Semana de las Escuelas Católicas.